



"Yo fui un niño socrático, silencioso, puro, esos chicos maravillosos, un poco siniestros, diferente de los demás chicos". Así empieza a contarnos Emilio Rodrigué su autobiografía a rachas, tan plena como in-

novadora, tan sorprendente como honesta. En ella aparecen las amistades, las enseñanzas y aprendizajes insospechados, las relaciones con personajes importantes del psicoanálisis y de otras disciplinas, las instituciones (la Asociación Psicoanalítica Argentina, la

Federación Argentina de Psiquiatras), el exilio en Brasil y, sobre todo, las mujeres.

No es raro en un libro cuyo tema central es el amor. Y es que Emilio Rodrigué, que admite ser mujeriego y machista, encuentra en estas páginas los tonos más precisos para registrar todos los matices de la experiencia amorosa. En una vida surcada de separaciones, escisiones y rupturas, de conquistas y desarraigo, la profundidad vital del erotismo encuentra lo efímero y lo finito que signan la existencia como contrapartida. Reflexivo y apasionado, sin embargo, el autor puede otorgarles a los cortes un valor significativo que jamás apela a la decepción cínica ni al optimismo superficial. Con una vivacidad presente en cada una de las palabras (que a veces nos traen reminiscencias de Vinicius de Moraes), con una memoria desordenada que va de aquí para allá pero siempre presta atención a los detalles que definen una época, Emilio Rodrigué nos asombra en cada página con la descripción de un personaje íntimo o legendario, el armado de un pequeño cuento o una anécdota reveladora, la belleza de una evocación o la elaboración de un pensamiento. Nos persuade y nos conmueve con una historia personal que, ajena a la presunción y a la prédica, transmite las sensaciones, los sentimientos y las meditaciones que la vida se merece.

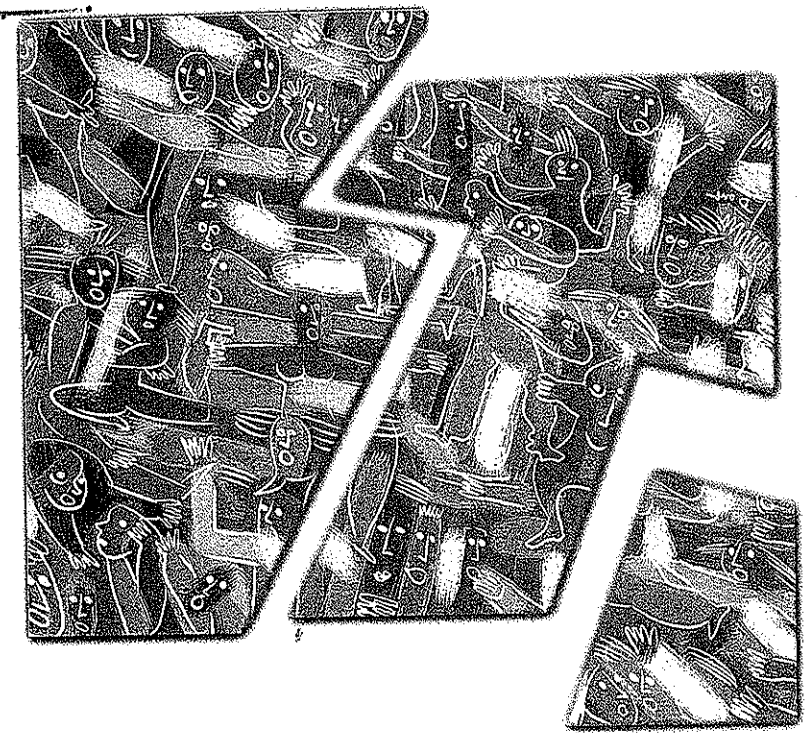


FOTOCOPIADOR  
 Ho. Psi  
 Psicoanalítica II  
 Folio 97  
 SF  
 DF 2

EMILIO RODRIGUÉ

El libro de las separaciones

# EMILIO RODRIGUÉ



## El libro de las separaciones

Editorial Sudamericana



EM  
viva  
Lon  
junt  
nisi  
gen  
pañ  
los  
en  
tan  
En  
cuá  
Ma  
nic  
Eri  
tae  
m  
Oc  
de  
na  
m  
na  
y  
As  
na  
P  
L  
fo  
la  
a  
H  
p  
li  
k  
l  
c

*Dedico este libro al creativo, valiente  
y un poco histérico psicoanalista argentino  
que se llama Emilio Rodrigué*

IMPRESO EN LA ARGENTINA

*Queda hecho el depósito  
que previene la ley 11.723.*  
© 2000, Editorial Sudamericana S.A.®  
Humberto I 531, Buenos Aires.

ISBN 950-07-1799-9

sa. Especie de cuaderno de bitácora sentimental, que ahora me sirve como testimonio de esa época. La gestación de ese libro cimentó la pareja más que cualquier hijo. Fue la aventura ambiciosa de una aventura, una rapsodia a cuatro manos donde la página del otro era casi tan importante como la propia. Juntemos las Remingtons eléctricas en La Casonita y escribíamos al unísono, cada uno con su capítulo, que el otro pasaba a corregir, trenzando el libro en el telar de un imaginario colectivo potenciado. Recuerdo los sábados como el día que nos levantábamos temprano para redactar nuestras ponencias, taca-taca-taca, y a medio día íbamos, rezumando labor cumplida, a la Galería del Este, en plena Manzana Loca, a tomar un negroni con los amigos para luego, horas más tarde, escribir sobre el negroni con los amigos, en el movimiento perpetuo de una escritura que se reescribe. Consideren la siguiente entrada de *El antiyoyó*: "A eso de las 12 bajaron al garaje de Libertador, saludando al portero de turno. El Dodge temblaba de frío tosiendo por la ancha avenida donde a la derecha se encuentra la araucaria en el centro de la Plaza Seeber. Costearon el zoológico rumbo al centro. Habían elegido ese severo sábado de sol para celebrar las primeras doscientas páginas de la novela, después de tres meses de confinamiento, metidos en el delirio de hacer de la verdad ficción, desenganchados del noticiero urbano; internación donde el engendro mancomunado se empollaba. Estaban hartos. 'Me quiero bajar del libro', se quejaban."

*El antiyoyó* fue un libro básico en mi biblioteca; a partir de ese momento comencé a explorar un estilo intimista, condimentado con crueldad y humor; un estilo autobiográfico en el sentido de que hablo de cosas de mi vida, usada como ficción. Entonces mi literatura se vuelve terapéutica, en la medida en que opera como un modo de pensar mi vida y para mí pensar es escribir y escribir es vivir. Los libros que se suceden, *La lección de Ondina*, *Ondina Supertramp* y *Gigante por su propia naturaleza*, siguen acompañando mi historia y ahora pasan a ser módulos fundamentales para este libro, ya que me plagio, además de ser puntos de referencia. Es como si hubiera escrito diarios.

## 20. GRUPO DE ESPERA

En los magníficos e insensatos cuarenta y nueve días del gobierno de Cámpora las ideas "pipocaban" como el pochoclo en la sartén, como salmones saltando arroyo arriba para desovar.

Hernán Kesselman ganó la cátedra de Psicología Médica, que antes había sido de Jorge Insúa y tenía su sala en el Hospital de Clínicas. La Casona en pleno se instaló en la calle Córdoba. Eso me recuerda la aventura del Kon-Tiki.

En 1947, Thor Heyerdahl, desde Lima, manda cuatro telegramas a sus amigos, invitándolos a cruzar el Pacífico. Irían en balsa, hecha de madera, para probar una teoría de que era factible cruzar el Pacífico desde la costa del Perú. Una gran aventura. Los cuatro amigos dejaron lo que estaban haciendo y concurren a la cita. La Casona entró en la balsa peronista.

Tato, Gilou y Diego García Reynoso se presentaron a sus puestos. Hernán me llamó para hacerme cargo de la parte de admisión. En una semana en el tanque de ideas una idea fue desovada. Tenía un nombre: *Grupo de espera*. El salmón principal fue Tato o tal vez fui yo o puede haber sido Hernán. Muchos espermatozoides espiroqueteaban en ese tanque, cosa que, como vimos, sucede cuando un grupo potenciado se convierte en más que la suma de las partes.

El Grupo de Espera solucionaba el problema de las colas de admisión. Antes y tradicionalmente, en todos los hospitales, el paciente llegaba, sacaba número y tenía que esperar una semana o dos para ser atendido en breves entrevistas individuales. Procedimiento demorado e insuficiente. Con el Grupo de Espera el paciente llegaba, una secretaria llenaba su ficha, y era atendido ese mismo día en una admisión colectiva. El Grupo de Espera contaba con una docena de terapeutas y duraba dos horas. Los cincuenta o más pacientes se dividían en subgrupos a cargo de dos o más terapeutas y comenzaba una rueda de presentación. Pasada la primera hora los terapeutas se reunían y se hacía una nueva repartición, siguiendo una semiología improvisada que reagrupaba a los pacientes por afinidad de los

problemas presentados. Ahí comenzaba una pesquisa más pulida. Por regla general los pacientes eran convocados una segunda y una tercera vez, pero ya en ese primer día algunas derivaciones y consultas individuales eran tramitadas. El recién llegado iniciaba desde el vamos una transferencia con el hospital. Una ventaja adicional era que los estudiantes podían asistir como observadores. El huevo de salmón se convirtió en el Huevo de Colón. Elemental, Dr. Bion.

## 21. EZEIZA

de 1973, rumbo a Ezeiza, estacionamos el donde los taxistas se habían concentrado. lin, a quien acababa de conocer, digamos, le Dios sabe por qué a eso se le llama biblioteca sur de Ciudad Evita, donde se abre el campo subterráneo. Por ahí marchaban pequeños riachos de gente. Pasando la avenida Ricchieri cruzamos un potrero color pasto seco donde había una concentración de mujeres peronistas. Enfrente y a los costados iban mis hermanos de ese día y caminamos y caminamos como yendo a la cancha en fecha de clásico. Caminamos hasta entrar en el malón pampeano, hasta el cruce del Mar Rojo, rumbo a la gran fiesta.

Éramos millones, diría la prensa mundial, millones siguiendo el mismo instinto, siguiendo un sueño potenciado para sacudir la historia, y caminamos y caminamos y caminamos, comiendo panchos, comprando un gorrito pocho, caminamos hasta que dimos con la Juventud Peronista de Escobar. Allí encontré a Sebastián, que tocaba la batería en el conjunto de Jaqui, el hijo de Nouné. Parecía embarazado con su bombo gigantesco. Lo seguimos un largo trecho. El hombre político necesita de su columna de pertenencia.

—Ése es mi problema —le dije a Martha un kilómetro más allá— soy un peronista *ham and eggs*.

Con eso quería decir que era un peronista atípico, políticamente solitario, sin pertenecer a una villa, a una unidad básica, sindicato o comando tecnológico, sin ser Demetrios, ni Guardia de Hierro ni nada, porque joven no podía ser.

—¿Pero vos sos peronista? —me preguntó Martha.

—Afiliado 65.000 y pico.

—¿Y antes estuviste en otro partido?

—Poseo el récord mundial de permanencia corta en el Partido Comunista.

—Contame.